

Aves, nidos y huevos

Aves, nidos y huevos

Los más extraordinarios
hogares de las aves

ILUSTRACIONES

Joris De Raedt

TEXTO

Walter De Raedt

FOLIOSCOPIO



INTRODUCCIÓN	6	MONTÍCULOS Y PLATAFORMAS	58
		Jacana africana	60
HOYOS Y ACANTILADOS	12	Colimbo grande	62
Chorlitejo grande	14	Albatros de cabeza gris	64
Zarapito real	16	Flamenco rojo	66
Éider común	18	Águila calva	68
Arao común	20	Garza real	70
Halcón peregrino	22	Gaviota argétea europea	72
Chotacabras macruro	24		
Casuario común	26	ESTRUCTURAS CON FORMA	
		DE CUENCO	74
MADRIGUERAS	28	Colibrí calíope	76
Mochuelo de madriguera	30	Monarca del cabo York	78
Martín gigante norteamericano	32	Oropéndola europea	80
Abejaruco europeo	34	Carricero común	82
Pardalote moteado	36	Tordo sargento	84
Talégalo maleo	38	Salangana nidoblanco	86
Frailecillo atlántico	40		
		ESFERAS COLGANTES	88
CAVIDADES	42	Mito común	90
Pájaro carpintero norteamericano	44	Pájaro moscón europeo	92
Cucaburra común	46	Tejedor baya	94
Mochuelo caburé del cactus	48	Oropéndola crestada	96
Abubilla común	50	Tejedor republicano	98
Cálao bicorne	52	Sastrecillo común	100
Serreta grande	54	Hornero común	102
Porrón osculado	56		
		ÍNDICE ALFABÉTICO	106
		LECTURAS RECOMENDADAS	109
		AGRADECIMIENTOS	110
		SOBRE LOS AUTORES	111



Introducción

Las aves, las criaturas más diversas y fascinantes de la Tierra, nos han cautivado durante siglos con su vibrante plumaje y sus melodiosos cantos, hasta convertirse en símbolos de libertad y adaptación. Sin embargo, una de sus hazañas más notables radica en cómo se reproducen y cuidan de sus crías. Cada aspecto de su ciclo reproductivo, desde el cortejo hasta la construcción del nido y la puesta de los huevos, revela una extraordinaria historia de evolución, ingenio y supervivencia.

La vida de un pájaro está profundamente unida a su entorno. Cada especie ha desarrollado estrategias únicas para prosperar dentro de las particularidades de su hábitat, así como para garantizar la continuidad de su linaje. Y dichas estrategias vienen determinadas por innumerables factores, como el riesgo de depredación, el clima y los recursos disponibles. Ya sea un colibrí calíope revoloteando para entretejer su delicado nido, un halcón peregrino anidando en lo alto de un escarpado acantilado o un éider común forrando su nido con suave plumón para mantener calientes sus huevos, las aves demuestran una increíble variedad de adaptaciones para superar los retos que se les plantean.

A diferencia de muchos animales que sólo siguen su instinto, los pájaros lo combinan con el aprendizaje y la creatividad. Modifican su comportamiento y su entorno —desde las elaboradas estructuras de ramitas del pergolero hasta los patrones de vuelo sincronizados de las especies marinas— para satisfacer sus necesidades reproductivas. Sus rituales de cortejo suelen ser tan diversos como las propias aves y pueden incluir complejas exhibiciones de canto, baile o plumaje, diseñadas para

atraer a sus posibles parejas y para mostrar su buena forma física.

Otra maravilla de su reproducción es su ingenio. Las aves eligen con esmero los lugares y los materiales para construir sus nidos, a menudo con una precisión asombrosa. Algunas especies crean alianzas dentro de las colonias para proteger a sus crías, mientras que otras emplean ingeniosas técnicas de camuflaje o distracción para burlar a los depredadores. Esta habilidad, ya sea en entornos urbanos o en zonas remotas y salvajes, pone de relieve su adaptabilidad a casi todos los rincones del planeta.

Estos seres impresionantes también producen una resonancia emocional. Sus comportamientos —construir nidos, cuidar los huevos y alimentar a los polluelos— son actos de crianza con los que nos podemos sentir identificados. Por eso, en culturas de todo el mundo, han acabado simbolizando a la familia, la resiliencia y la renovación. Ver cómo un pájaro cuida de manera incansable a sus crías nos recuerda el instinto universal de supervivencia y lo lejos que puede llegar la vida para garantizar un futuro a la siguiente generación.

Comprender los nidos y los huevos de las aves nos permite vislumbrar los aspectos intrincados y, en ocasiones, ocultos de la vida de estos animales. En conjunto, estos elementos constituyen la base de la reproducción aviar, demostración de cómo se han adaptado a las exigencias de un mundo en constante cambio. Explorar estas maravillas nos invita a apreciar no sólo su resiliencia, sino también el delicado equilibrio de la naturaleza que las sustenta.

Galería de nidos

Un nido es una de las obras arquitectónicas más ingeniosas de la naturaleza, y está diseñado para proteger los huevos y los polluelos de los depredadores, las inclemencias del tiempo y otros peligros. Desempeña un papel crucial en la protección de los huevos y las crías frente a las fluctuaciones de temperatura, los depredadores y los parásitos. Se trata de una estructura temporal, meticulosamente diseñada para satisfacer las necesidades tanto de los padres como de los polluelos, y puede variar mucho en cuanto a tamaño, forma, material y ubicación. Refleja el estilo de vida y el entorno únicos de cada especie. Aunque muchas aves construyen nidos, algunas especies, como los araos comunes o los pingüinos emperador, dependen del suelo desnudo o del hielo, lo que las obliga a renunciar por completo a los nidos tradicionales.

El tipo de construcción también se ve influido por la fase de desarrollo de los polluelos en el momento de la eclosión. Los precociales, como los patos o las aves costeras, ya salen del cascarón bien desarrollados, con plumas y la capacidad de caminar y alimentarse al poco de nacer. Por su parte, los altriciales, como los pájaros cantores, nacen desnudos, ciegos y dependientes de sus progenitores, por lo que necesitan nidos bien protegidos.

El lugar elegido para su ubicación es vital para su supervivencia. Algunas especies optan por árboles altos, acantilados o arbustos densos con el objetivo de evitar a los depredadores terrestres, mientras que otras prefieren lugares a ras de suelo y lo fían todo al camuflaje. Otros factores, como la temperatura, la sombra y la proximidad a fuentes de alimento, influyen así mismo en la elección.

La limpieza es también importante. Los padres retiran las cáscaras de huevo, los restos de comida y los sacos fecales para evitar la acumulación de bacterias y no atraer a los depredadores. Algunos pájaros, como las cigüeñas blancas, van un paso más allá y defecan fuera del nido para mantenerlo limpio.

Hay especies que añaden hierbas aromáticas, aceites o vegetación fresca a sus nidos para ahuyentar a los parásitos. Por ejemplo, se ha observado que los estorninos europeos recubren sus nidos con zanahoria silvestre y milenrama porque liberan compuestos que repelen los ácaros y los piojos.

En cada detalle, los nidos revelan la extraordinaria adaptabilidad y el ingenio de sus constructores, fiel reflejo de las maravillas de la evolución.



Colibrí calíope
Selasphorus calliope



Oropéndola europea
Oriolus oriolus



Alción colilargo silvia
Tanysiptera sylvia



Pájaro moscón europeo
Remiz pendulinus



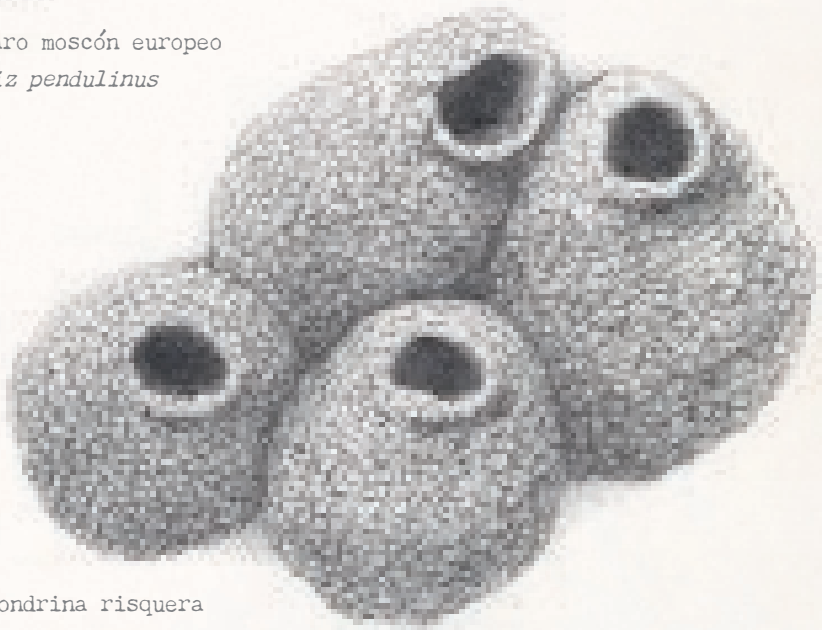
Common Tailorbird
Orthotomus sutorius



Oropéndola crestada
Psarocolius decumanus



Martín gigante norteamericano
Megasceryle alcyon



Golondrina risquera
Petrochelidon pyrrhonota

Una galería de huevos

El huevo de ave es un extraordinario producto de la evolución. Sus orígenes se remontan a más de trescientos millones de años, a la evolución del huevo amniótico entre los primeros reptiles. Esta innovadora adaptación permitió la reproducción en tierra firme, pues proporcionaba un entorno autónomo para el embrión, al protegerlo de la desecación y, al mismo tiempo, permitir el intercambio de gases.

En su interior podemos encontrar cuatro membranas clave, cada una con una función vital: el amnios, que rodea y protege al embrión dentro de un saco lleno de líquido para amortiguar cualquier posible golpe físico; un saco vitelino, que suministra nutrientes esenciales; el alantoides, que almacena los productos de desecho y contribuye al intercambio de gases, y el corion, que colabora con el alantoides para facilitar el intercambio de oxígeno y dióxido de carbono.

Estas innovaciones permitieron a los primeros amniotas —los antepasados de reptiles, mamíferos y aves— salir del entorno acuático y prosperar en tierra firme. Con el tiempo, las aves heredaron y perfeccionaron estas características, y fueron desarrollando cáscaras más ligeras y calcificadas para soportar su estilo de vida activo y orientado al vuelo.

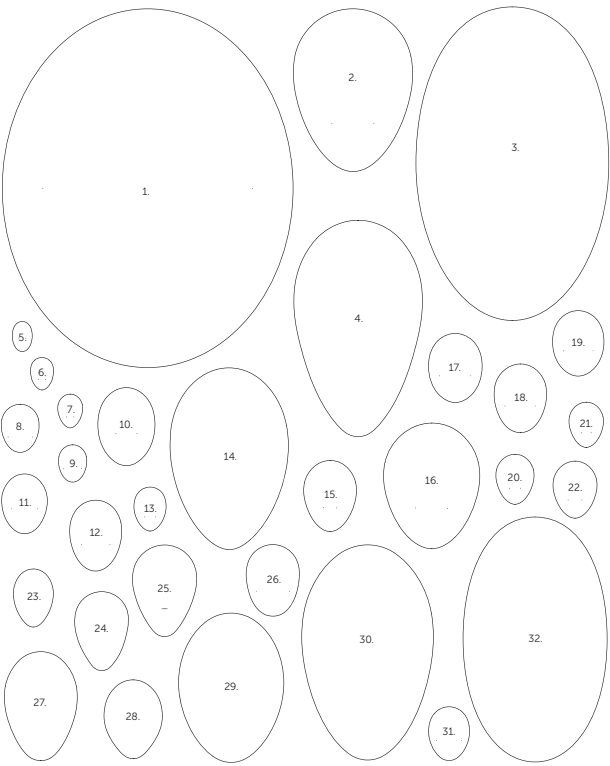
El calcio presente en la cáscara es fundamental para el desarrollo de la cría, que absorbe el mineral durante la fase embrionaria, lo que contribuye al crecimiento y fortalecimiento de sus huesos. A medida que el polluelo va creciendo en su interior, la cáscara se vuelve más fina y frágil, y esto facilita su salida durante la etapa final.

Los huevos de ave son de una gran variedad de tamaños. El más pequeño es el del colibrí zunzuncito, de tan sólo 1,2 centímetros (0,47 pulgadas) y 0,2 gramos (0,007 onzas) de peso. Por el contrario, el avestruz pone el huevo más grande, de hasta 15 centímetros (6 pulgadas) y 1,4 kilogramos (3,1 libras). Algunas aves extintas, como el ave elefante (*Aepyornis*), ponían huevos aún más grandes, con un volumen equivalente a ciento cincuenta huevos de gallina.

La forma del huevo refleja los hábitos de anidación, los nichos ecológicos y los métodos de incubación. Aunque los huevos ovalados son comunes, las aves que anidan en acantilados, como los araos, ponen huevos cónicos que ruedan en círculos cerrados para evitar que se caigan. Los huevos esféricos, que suelen encontrarse en especies que anidan en cavidades, conservan el calor de manera más eficiente para mantener la temperatura en estas zonas más frías. Algunas aves los incuban bajo sus alas, por lo que, en determinados casos, la forma del huevo ha evolucionado para adaptarse al cuerpo de sus progenitores.

El tamaño de los huevos en relación con el peso corporal varía entre especies. Como cabría esperar, las aves de mayor tamaño por lo general ponen huevos más grandes. Sin embargo, las aves más pequeñas acostumbran a poner huevos proporcionalmente más grandes en función de sus estrategias reproductivas. Por ejemplo, el huevo de un kiwi puede pesar hasta un veinte por ciento de su masa corporal, la proporción más alta entre las aves, mientras que el huevo de un avestruz sólo representa alrededor del dos por ciento. Las especies longevas con sitios de anidación seguros, como los albatros, pueden tener pocos descendientes, con huevos grandes y un cuidado parental extenso. Las especies con una vida más corta o vulnerables, como las codornices y los gorriones, tienden a poner muchos huevos con yemas más pequeñas, para así aumentar las posibilidades de que algunos sobrevivan.

En definitiva, la ingeniería del huevo constituye uno de los logros más extraordinarios de la naturaleza para acoger nueva vida.



1. Avestruz 2. Zarapito real 3. Emú común 4. Arao común 5. Colibrí zunzuncito 6. Reyezuelo listado 7. Mito común 8. Monarca del cabo York 9. Sastrecillo común 10. Chotacabras europeo 11. Escribano montesino 12. Oropéndola europea 13. Carricero común 14. Gaviota argétea europea 15. Hornero común 16. Halcón peregrino 17. Mirlo común 18. Sinsonte norteño 19. Zorzal común 20. Ruiseñor común 21. Acentor común 22. Tordo sargento 23. Oropéndola de Baltimore 24. Chorlitejo grande 25. Agachadiza común 26. Pergolero regente 27. Oropéndola crestada 28. Jacana africana 29. Águila pescadora 30. Colimbo grande 31. Ceta ruiseñor 32. Talégalo maleo



Hoyos y acantilados



Estos nidos son simples depresiones en el suelo que los pájaros ahuecan con sus patas, o salientes de roca desnuda en los acantilados. Las aves dependen del camuflaje y la ubicación estratégica para mantener a huevos y polluelos a salvo de los depredadores.

Chorlitejo grande

Charadrius hiaticula

El chorlitejo grande se reproduce en zonas abiertas como playas de arena o guijarros, marismas, estuarios e incluso en el interior, cerca de ríos, lagos y tundras abiertas con poca vegetación. Es una especie que se reproduce en regiones circumpolares, con poblaciones que anidan en toda la Eurasia ártica, Canadá y el norte de los Estados Unidos. Se pueden observar desde las costas atlánticas del norte de Europa hacia el este, pasando por Escandinavia y Rusia, en toda Siberia hasta llegar al Pacífico, en el Ártico y el subártico canadiense (incluidas la bahía de Hudson y el archipiélago ártico), en las costas del norte de Alaska, y en las costas y los bancos de grava del interior de Groenlandia e Islandia.

El chorlitejo, monógamo estacional, muestra un comportamiento especialmente territorial durante la época de cría y suele atacar a los intrusos inclinándose hacia delante con las alas semiabiertas, exponiendo y curvando la cola hacia sus oponentes. Su exhibición aérea incluye aleteos lentos alrededor de su territorio mientras pía.

Sus nidos, con frecuencia contruidos por el macho, son un hoyo poco profundo en grava seca o arena, revestido con guijarros, conchas, paja o trozos de madera. Se suelen organizar en grupos dispersos, separados entre sí por una distancia de entre 4,9 y 100 metros (entre 16 y 328 pies). Por norma, anidan siempre en el mismo lugar, cerca de especies de aves zancudas más grandes que les ofrecen algo más de seguridad. Se sabe que, para proteger sus nidos y crías de los depredadores, los adultos simulan tener un ala rota y estar heridos con el fin de alejar las posibles amenazas.

La puesta tiene lugar entre abril y julio, en función del lugar de cría. Ambos progenitores incuban entre veintitrés y veinticinco días la nidada, formada por tres o cuatro huevos piriformes de color gris oliva con motas marrones y negras. Los polluelos, pálidos y peludos, abandonan el nido de inmediato y buscan su propio alimento, por lo general compuesto por crustáceos, moluscos, gusanos acuáticos e insectos como hormigas, escarabajos, moscas y larvas, aunque siempre bajo la atenta protección de los adultos. Mientras recorren playas, marismas y costas, aprenden técnicas como temblar o golpear con las patas para imitar la lluvia y atraer a sus presas a la superficie. Su excelente vista les ayuda a localizar la comida. Por norma, se alimentan en pequeños grupos, pero de vez en cuando se reúnen en bandadas de hasta mil quinientas aves.

Unos veinticuatro días después de nacer, ya pueden volar, y, transcurrido un año, alcanzan la madurez sexual.



Chorlitejo grande
Charadrius hiaticula



Las crías se refugian bajo sus padres.



Nido



Huevo



Tamaño de la nidada 3-4



Simulación de ala rota



Polluelos





Zarapito real
Numenius arquata



Nido



Huevo



Tamaño de la nidada 1-4

En ocasiones, una suave raya pálida en la parte superior

Con frecuencia, pico notablemente más largo



Joven

Zarapito real

Numenius arquata

El zarapito real, famoso por su característico pico largo y curvado hacia abajo y su canto melódico y evocador, se reproduce en las regiones templadas de Europa y Asia, en paisajes abiertos como páramos, praderas y ciénagas. Es el ave limícola más grande de Europa, con una envergadura de hasta un metro (tres pies), y desempeña un papel crucial en los ecosistemas de los humedales al alimentarse de invertebrados y pequeños organismos marinos que extrae del suelo o del lodo utilizando su pico especializado.

La temporada de cría suele comenzar a finales de abril y se prolonga hasta julio. Durante esta época, los zarapitos forman parejas monógamas y tienen el hábito de regresar a los mismos lugares de anidación año tras año. La selección de la ubicación es crucial, ya que sus nidos son simples hoyos en el suelo, a menudo en zonas con vegetación densa para conseguir cierta ocultación frente a los depredadores y una vista clara de las amenazas que los acechan. El nido en sí es una depresión poco profunda, en ocasiones revestida con un mínimo de material vegetal, plumas o pequeñas piedras.

Durante la nidificación, suele ser un animal muy silencioso. Cuando se acerca un depredador, se agacha entre la hierba antes de alejarse con sigilo. Tras distanciarse entre 30 y 50 metros, emprende el vuelo y emite un único grito de alarma, un «cur-liii» prolongado. Si alguien o algo se acerca demasiado, puede revolotear por el suelo con un ala caída, fingiendo que la tiene rota, con el objetivo de intentar alejar la amenaza de sus huevos.

Una nidada típica consta de hasta cuatro huevos, por lo general puestos durante la primera semana de mayo. Suelen ser piriformes (con forma de pera) y tienen una coloración críptica —de color oliva a beis con manchas oscuras— para mejorar su camuflaje en el suelo. Ambos progenitores comparten la tarea de incubarlos entre veintisiete y veintinueve días, lo que demuestra una enorme fidelidad al lugar de puesta y una gran dedicación parental. Si se pierde una nidada por culpa de un depredador u otros factores, la pareja puede intentar una segunda nidificación dentro de la misma temporada.

Los polluelos son precociales, lo que significa que nacen bien desarrollados y son capaces de abandonar el nido poco después de salir del cascarón. Los padres, sobre todo la hembra, son muy protectores, acompañan a sus polluelos a las zonas de alimentación y están atentos ante cualquier posible presencia de depredadores. Las crías crecen deprisa y, en tan sólo unas cinco o seis semanas, ya están cubiertas de plumas.

Éider común

Somateria mollissima

El éider común, el pato marino más grande del hemisferio norte, se congrega a lo largo de las costas rocosas para bucear en busca de mejillones y otros mariscos. Gracias a sus fuertes picos, parecidos a cinceles, arrancan los mejillones de las rocas y se los tragan enteros, triturando las conchas en sus mollejas. También se alimentan de otros moluscos y crustáceos, incluidos los cangrejos, a los que arrancan las pinzas y las patas antes de comerse el cuerpo. Esta especie es casi por completo carnívora y bucea durante todo el año para acceder a su dieta principal.

Esta ave es una especie reproductora colonial que anida en islas costeras formando colonias de entre menos de cien hasta más de quince mil miembros. Las hembras normalmente muestran una fuerte filopatría natal, por lo que regresan a su lugar de nacimiento para reproducirse. Aunque las parejas de éideres comunes no se unen de por vida, son monógamas dentro de cada temporada de cría y los vínculos a veces perduran varias temporadas. Los machos cortejan a las hembras durante todo el año con suaves arrullos y dramáticos movimientos de cabeza, además de estirándose y batiendo las alas.

La anidación comienza pocos días después del deshielo y las parejas suelen decantarse por lugares en islotes o costas rocosas cercanas al mar, a veces en salientes de acantilados para así obtener protección frente a depredadores como los zorros. Cuando la hembra se acerca a tierra para seleccionar un sitio donde anidar, el macho suele seguirla de cerca, y es habitual que la pareja tarde un par de días en elegir una ubicación y prepararla.

Los nidos son depresiones poco profundas en el suelo, recubiertas con material vegetal y grandes cantidades de plumón arrancado del pecho de la hembra tras poner los primeros huevos. Durante más de mil años, se ha recogido ese suave plumón de los nidos abandonados por sus excepcionales propiedades aislantes. Algunas hembras reutilizan antiguos cuencos de nidificación; otras crean nuevos, apartando la tierra con las patas mientras giran sobre sí mismas.

Ponen entre tres y cinco huevos de color verde oliva a gris oliva, aunque las nidadas pueden variar entre uno y ocho huevos. Sólo la hembra se encarga de la incubación, que dura entre veinticuatro y veinticinco días, y puede llegar a prolongarse hasta los treinta días. Durante todo ese periodo, la madre no se alimenta, por lo que depende de sus reservas de grasa y puede perder hasta un cuarenta por ciento de su peso corporal.

Tras la eclosión, las hembras llevan a sus crías al agua una vez transcurrido menos de un día, y, aunque los patitos la mayoría de las veces son capaces de alimentarse solos, las hembras no reproductoras ayudan a cuidarlos. Para protegerse de los depredadores, se unen para formar guarderías de hasta ciento cincuenta patitos. El grupo permanece unido durante todo el periodo de cría, aunque algunas hembras pueden marcharse.

Éider común
Somateria mollissima



Plumón



Nido

Nota



Huevo



Tamaño de la nidada 3-5



Polluelo





Nido

Variedad «bridada»



Costados con rayas variables

Polluelo



Arao común
Ulvia aalge



Plumaje invernal



Huevo
Variaciones de color

Arao común

Uria aalge

Durante la temporada de cría, los araos comunes se alimentan en aguas profundas, por lo general a más de 30 metros (100 pies) y, en ocasiones, a profundidades de hasta 168 metros (550 pies). Persiguen bancos de peces cerca de las corrientes oceánicas, donde abundan las presas. Fuera de la temporada de cría, se alimentan más cerca de la costa y pasan todo el tiempo en el mar.

Los araos forman parejas duraderas y gustan de regresar al mismo lugar cada año para reproducirse. Antes de anidar, los grupos de araos muestran comportamientos de cortejo que incluyen danzas acuáticas en las que se persiguen unos a otros por el agua, así como vuelos de exhibición en los que planean en círculos a gran altura. Los vínculos de pareja se mantienen mediante acicalamiento mutuo, peleas con el pico y reverencias. Tras reproducirse, ambos adultos mudan el plumaje y no pueden volar durante uno o dos meses.

Los araos se reproducen en colonias grandes y muy pobladas, con nidos tan juntos que los adultos pueden tocar a sus vecinos por ambos lados. Estas colonias suelen ubicarse en acantilados rocosos y promontorios cerca del océano. La hembra pone un huevo al año, directamente en salientes de acantilados, en grietas ocultas o debajo de rocas. La forma puntiaguda única del huevo evita que se caiga y hace que, cuando se empuja, rueda en círculos. Los araos también pueden colocar guijarros alrededor del huevo, fortalecidos con guano, lo que ayuda a que no se mueva del acantilado. Cuando regresan del océano, los padres son capaces de reconocer sus huevos gracias a sus colores y marcas únicos.

Ambos progenitores incuban el huevo unos treinta días, durante los cuales se turnan para mantenerlo entre sus patas sobre la roca desnuda. Después de nacer, el polluelo, cubierto de plumón, es capaz de regular su temperatura corporal en tan sólo diez días y abandona el nido a los veinte, cuando se lanza en picado hacia el mar desde acantilados de hasta 457 metros (1500 pies) de altura. El macho acompaña al polluelo hasta el agua, donde le enseña a bucear y a encontrar presas, mientras que la hembra permanece en el lugar de anidación otras dos semanas más. Los araos son capaces de recorrer hasta 201 kilómetros (125 millas) desde el nido para encontrar alimento para sus polluelos y así asegurarse de que las crías reciban una nutrición adecuada. El polluelo se independiza entre los treinta y nueve y los cuarenta y seis días de edad.

Halcón peregrino

Falco peregrinus

El halcón peregrino es el ave rapaz más extendida del mundo y el animal más rápido de la Tierra. Para atrapar a sus presas, se lanza en picado, por lo general a más de 320 kilómetros (200 millas) por hora, con velocidades registradas de hasta 383 kilómetros (238 millas) por hora. La velocidad de crucero oscila entre los 40 y los 53 kilómetros (24 y 33 millas) por hora, y llega hasta los 108 kilómetros (67 millas) por hora cuando persigue a sus presas. Durante sus inmersiones, puede llegar a soportar fuerzas de hasta 18 g gracias a su anatomía especializada. A modo de referencia, los pilotos de combate que llevan trajes especialmente diseñados suelen tolerar un máximo de 9 g de aceleración antes de perder el conocimiento.

Los halcones peregrinos también son unos viajeros extraordinarios. Mientras que las poblaciones ecuatoriales son sedentarias, las del norte migran más de 32 000 kilómetros al año, desde el Ártico hasta casi la Antártida. Estas aves, muy veneradas a lo largo de la historia, son emblemáticas en cetrería y en su día fueron símbolos de la realeza.

Lo habitual es que aniden en salientes de acantilados o en estructuras artificiales altas, como rascacielos y puentes. Eligen acantilados o edificios cuya altura total oscile entre los 8 y los 396 metros (entre 25 y 1300 pies) sobre el nivel del suelo, y tienden a optar por salientes a más o menos un tercio de la altura total. Cada temporada, los machos realizan una selección de las posibles opciones para anidar y la hembra escoge una. Sus nidos son simples hoyos de unos 23 centímetros (9 pulgadas) de ancho y 5 centímetros (2 pulgadas) de profundidad (depresiones poco profundas excavadas en la arena, la grava o el sustrato), sin ningún otro añadido, que vuelven a utilizar cada año. Las parejas se unen de por vida y la hembra incuba los huevos mientras que el macho proporciona alimento.

Defienden su territorio con fiereza durante la anidación y, en caso de intrusión, defienden a sus crías con gran agresividad. La hembra pone entre tres y cinco huevos moteados, de color blanquecino a marrón rojizo pálido y con abundantes marcas de color marrón cálido, que incuba durante unos treinta y cuatro días. Los polluelos de halcón peregrino, en sus orígenes crías blancas y esponjosas con patas de gran tamaño, crecen muy deprisa. En un plazo de cinco a seis semanas, ya tienen todas las plumas y están listos para volar.

Una vez que han adquirido todo su plumaje, permanecen con sus padres durante meses para aprender a cazar y sobrevivir. Su capacidad de adaptación les ha permitido prosperar en las ciudades, donde se alimentan de aves como palomas y estorninos. Se sabe que en Nueva York llegan incluso a cazar murciélagos, ya que la contaminación lumínica les permite permanecer activos durante la noche.



Heuvo



Tamaño de la nidada 3-5



Caja nido

Halcón peregrino
Falco peregrinus



Cazando



Arrendajo azul



Nido en acantilado



Chotacabras macruro
Caprimulgus macrurus



Huevo



Tamaño de la nidada 1-2



Nido



Eclosión



¡Mira!



Chotacabras macruro

Caprimulgus macrurus

El chotacabras macruro es un ave críptica y nocturna que habita en diversos hábitats subtropicales y tropicales, incluidos bosques secundarios, plantaciones, parques arbolados y paisajes agrícolas, donde ayuda a controlar las poblaciones de insectos.

Como insectívoros aéreos, los chotacabras macruros utilizan sus picos especializados y de amplia apertura para capturar en pleno vuelo insectos como polillas, grillos, saltamontes, mosquitos y termitas voladoras. Durante el día, son difíciles de detectar, pero, si se les molesta mientras descansan en tierra, pueden salir corriendo con un gran estruendo. Estas aves son, en su mayoría, sedentarias, y realizan sólo movimientos locales limitados.

Su temporada de cría va desde mediados de marzo hasta finales de septiembre. No necesitan construir nidos, ya que ponen sus huevos en el suelo, en un hoyo poco profundo y libre de residuos, o en una depresión entre la hojarasca, con frecuencia en una zona de sombra, o bajo un árbol o arbusto. Cuando los depredadores se acercan a su nido, realizan maniobras de distracción como volar de forma errática o aletear en el suelo como si estuvieran heridos, a menudo acompañadas de silbidos guturales, para así alejar la amenaza.

Las hembras ponen uno o dos huevos elípticos, de color blanco crema y con motas de marrón o rosa pálido a amarillo pálido, con un peso aproximado de entre 8 y 9,4 gramos (entre 0,28 y 0,33 onzas). El primer huevo suele ser más pesado y más grande. Se asemejan a guijarros, lo que les proporciona un excelente camuflaje. La incubación dura entre dieciséis y dieciocho días, y la comparten ambos padres.

Los polluelos, cubiertos de plumón y precociales, abandonan el nido uno o dos días después de haber nacido. Para evitar ser detectados, se desplazan por la noche y se esconden entre la hojarasca durante el día, confiando en su camuflaje para protegerse.

El cuidado parental, por lo general a cargo de la hembra, se prolonga hasta que los polluelos pueden volar. Cuando se siente amenazada, puede distraer a los depredadores alejándose del nido o de los polluelos, mientras los chotacabras jóvenes se defienden batiendo las alas y abriendo bien el pico.

Casuario común

Casuarus casuarus

El casuario común, la tercera ave más pesada de la Tierra, es un ave grande no voladora originaria de las selvas tropicales. Se trata de una criatura fascinante y esquiva conocida por su llamativo aspecto, con la cara y el cuello teñidos de un azul intenso, y un casco en forma de cuerno en la cabeza. La hembra es más grande y presenta colores más vivos que el macho, y tiene un casco más largo y un pico más grande. Sus largas y poderosas patas están equipadas con afiladas garras de hasta 13 centímetros (5 pulgadas) de largo. A pesar de su imponente presencia, el casuario común desempeña un papel crucial para el ecosistema al contribuir a la dispersión de semillas, lo que ayuda a la regeneración de los bosques.

Los machos y las hembras suelen vivir separados, y muestran un enfoque único y poco convencional en lo que respecta a la reproducción y la anidación. Por lo general, la temporada de cría se prolonga entre junio y octubre. Durante esos meses, la hembra puede aparearse con múltiples parejas y, cada vez que lo hace, pone una nidada de huevos antes de pasar al siguiente.

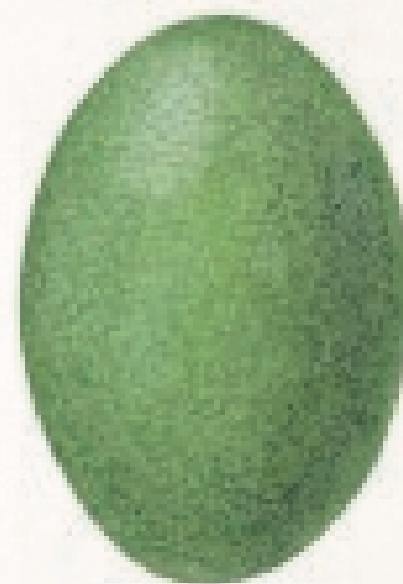
Antes del apareamiento, el macho construye un nido en el suelo del bosque, comúnmente una depresión poco profunda revestida con hojas y otra vegetación. Consiste en un lecho de material vegetal herbáceo, de entre 5 y 10 centímetros (entre 2 y 4 pulgadas) de grosor y hasta 100 centímetros (39 pulgadas) de ancho, para permitir un drenaje adecuado y alejar la humedad de los huevos.

Las nidadas casi siempre son de entre tres y cinco huevos grandes y verdes con una superficie granulada (estos huevos, al inicio de color verde guisante brillante, pierden intensidad con el tiempo). En ese momento, la hembra se marcha en busca de otra pareja, y el macho comienza a incubar con gran esmero los huevos durante unos cincuenta o cincuenta y dos días, sin apenas abandonar el nido durante todo ese periodo. Mantiene los huevos calientes y protegidos de posibles amenazas como depredadores y condiciones climáticas adversas.

Sus polluelos son precociales, lo que significa que son relativamente maduros y móviles. Una vez que nacen, el macho sigue cuidándolos, guiándolos y protegiéndolos durante un máximo de nueve meses, durante los cuales les enseña a buscar alimento y a orientarse en el denso entorno de la selva tropical. Este dedicado cuidado parental garantiza la supervivencia de las crías vulnerables en sus primeras etapas de vida.



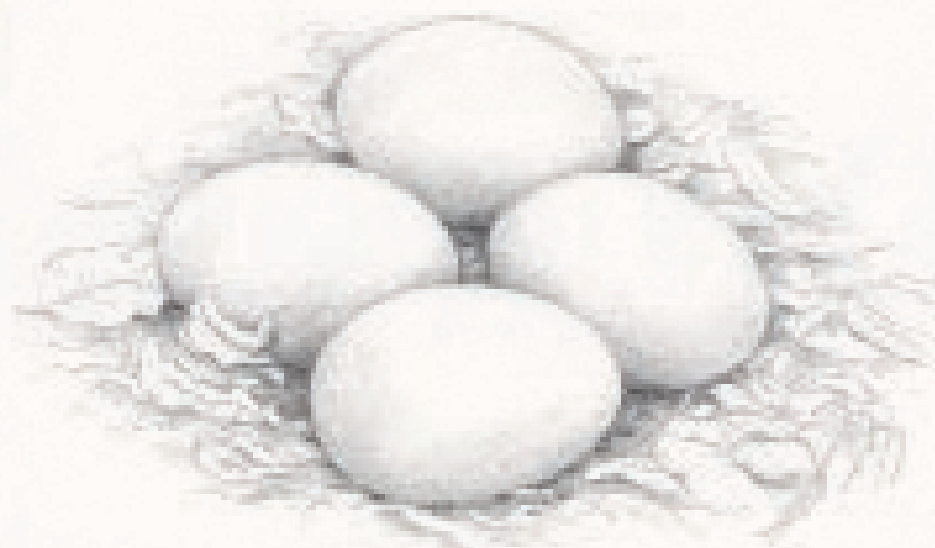
Casuario común
Casuarius casuarius



Huevo



Tamaño de la nidada 3-5



Nido



Joven



